

*A mi padre:
una inspiración en todos los sentidos*

KILÓMETRO 1

Le llamaron el Rey de las Patatas Fritas, el Rey de la Maratón y el Rey de las Populares. Aunque nunca pensó que trabajaría como repartidor de patatas, empezó a correr maratones por mera obligación y siempre se consideró un popular con la misma afición y ganas que las de cualquier otro. Solía pensar que había empezado a correr por la más tonta casualidad; ni sintió la llamada desde niño, ni le habían llamado especialmente la atención los deportistas que veía desde la pantalla del televisor del bar. De hecho, su maestro, el respetadísimo don Fernando Ruano, le daba en gimnasia algunas de las notas más bajas de toda la clase.

Ramiro Matamoros, aquel atleta que durante los años 80 se erigiría como uno de los grandes corredores en el panorama del atletismo popular español, había nacido en el seno de una familia de tenderos castellana y, hasta convertirse en un buen mozo, se resistiría a abandonar definitivamente el dulce olor de los campos de trigo abulenses. Su pueblo, Navarrevisca, era uno de esos pequeños municipios de la extinta Castilla la Vieja, de casitas de piedra, ambiente calmo, olor a leño ahumado y cautivador encanto.

En aquellos años, antes de que el éxodo rural comenzara a vaciar sus calles y a deshabitar los hogares, en las listas del ayuntamiento estaban inscritos más de un millar de ciudadanos.

Sus padres se habían casado muy jóvenes –¡todos solían hacerlo bien pronto en esa época!– y, no con pocas dificultades, lograron formar un hogar, abrirse camino a cambio de incontables esfuerzos, duras y largas jornadas bajo el sofocante sol y la fortuna de tener un puñado de rentas heredadas que habían sabido administrar.

Poder construir aquella vivienda donde sus hijos se criarían no había resultado coser y cantar. Antes de ello, don Siro, su padre, había creído que toda su vida trabajaría en la única fábrica de mantas de por allí: un apreciable, pero trabajoso legado familiar. Aceptó su destino estoicamente, sin protestas. Desde muy jovencito se había acostumbrado a levantarse antes del alba para recorrer caminos y arenosas carreteras sobre el ardoroso lomo de un viejo caballo, repartiendo franelas de aquí para allá, escuchando solo el silente sosiego del camino y juzgando como idénticos los agrestes paisajes que le tocaba ver a diario. «Aquí tiene sus mantas, buenas tardes tenga usted»: era para lo único que despegaba los labios durante aquellos solitarios trayectos, y coleccionaba kilómetros por los mismos senderos sobre los que su hijo también derramaría gotas de sudor años después, aunque este último sufrimiento se hiciera solo por electa afición del joven.

Las bonanzas que el destino a veces se guarda en la manga y las sinuosas curvas de la vida harían posible más tarde que pudiese cambiar aquellos años nómadas por un agradecido establecimiento fijo. Se acabaron entonces las despedidas forzadas con su esposa, doña Rosa, los suspiros insonoros del alma cuando veía su casa diluirse en el horizonte, la batalla con las desagradecidas inclemencias climáticas abulenses –que una vez casi le hacen no regresar a casa– y el monótono traqueteo del caballo. En lugar de todo aquello, poquito a poquito, fue sentando los cimientos de un negocio próspero, suficiente para alimentarse a él y a los hijos que vendrían. Y sin salir de su pueblo, vaya suerte.

Aquella tienda de comestibles, que sería llamada simplemente RoSi-ro, aprovechando el palíndromo que formaban las sílabas de sus nombres combinados, se consolidó como uno de los establecimientos de alimentación de Navarrevisca y así continuó durante muchos años. De hecho, fue de las últimas tiendas del pueblo en echar el cerrojo de todas las que se habían abierto en la época del Generalísimo.

Ramiro no supo de esas historias hasta convertirse en un mocito; al fin y al cabo, él ya había llegado al mundo con la tienda de ultramarinos en su sitio, con el olor a pan recién traído del horno de *tía* Juana flotando por la estancia, las estanterías exhibiendo tarros de verduras y el tintineo de las vecinas entrando y saludando con lozana alegría.

Ese lugar, apenas tan grande como el salón de una casa de familia media, le proporcionaba seguridad, incluso le sugería abundancia porque, aunque la comida estuviera destinada a la venta, parecía imposible que con aquella espléndida colección pudieran algún día sufrir las fuertes hambrunas que –según padre le había contado– solían padecer las gentes de la generación de don Siro y doña Rosa. La tienda le olía a familia, le evocaba protección, siempre tendría forma de hogar, por más que con el tiempo él ya tuviera su casa en otra parte y el comercio pasase a ser nada más que el negocio de sus padres.

Doña Rosa nunca daría a luz a una niña, en su destino parecía estar escrito que tan solo alumbraría a varones. Los tres niños que sobrevivieron le salieron robustos y vivos, con los ojillos del color de las aceitunas maduras y, como ella siempre pensó, todos de buen corazón y nobleza. Ninguno había protestado en exceso a la hora de ayudar en los menesteres de la tienda y de las tareas domiciliarias, y a doña Rosa esto no le extrañaba porque había visto cómo su marido se había esmerado en educarlos con excelente primor.

Al mediano le había llamado Ramiro, un nombre poco común en el pueblo, pero es que a ella le gustaba la fortaleza melódica que el nombre le sugería. Había pensado en bautizarle en honor al hermano de su marido, Santos, pero acabó desdeñando la idea. Secretamente y, aunque jamás lo comentaba –¡no la fuesen a tachar de vanidosa!– su corazón de madre se sonrojaba de orgullo cada vez que, desde el otro lado del mostrador, una de las clientes de la tienda le decía:

–¡Pero qué espabilados te han salido los niños, Rosi!

A veces, al observar al menor de ellos, que todo lo contemplaba con sus ojos anochecidos y un desparpajo reflexivo y dulce, añadían:

-¡Y qué guapo es el pequeño!

Las vecinas a menudo solían alabarle la belleza a su hermano Víctor, pero a Ramiro poco le importaba entonces ni tampoco le importó cuando se hizo más mayor. Los tres años de diferencia con su hermano le hacían ganar siempre en los juegos -sí, quizá el espíritu de competición lo llevó en la sangre desde muy crío-, no lo educaron para ser envidioso y, además, con toda aquella evidente guapura de Víctor y el cierto éxito que tendría más tarde entre las mozas, por fortuna nunca le dio por fijarse en la que él consideraba la muchacha más bonita del pueblo.

La tienda de ultramarinos ocupaba una de las dos plantas que componían el hogar familiar. La de abajo, que solía tener las puertas abiertas incluso en algunas ocasiones festivas, recibía a los clientes bajo unas colgaduras de hierro, que don Siro había colocado para evitar la entrada de insectos en épocas de calores. La tienda apenas tenía más decoración que esa, ya era en el piso de arriba donde cobraban protagonismo las estampas familiares y escapularios religiosos. La habitación matrimonial estaba presidida por aquel retrato de bodas en blanco y negro - ella, tan delgada y joven; él, más alto, con el pelo castaño oscuro-, que la madre de Ramiro descolgaba casi a diario para despegar del cristal una capa de polvo que aún no se había formado.

Solía contar doña Rosa que, al principio, cuando se casaron, apenas si tenían muebles y adornos, pero que, a fuerza de vender arroz, bolsas de legumbres o botes de especias habían ido compilando las pesetas, con paciencia de hormiga, hasta conseguir dotar a la morada de ciertas comodidades. Algunos de los muebles, como los cabeceros de la cama o aquella cómoda decimonónica, eran herencia de su familia, razón por la que las limpiaba y cuidaba con especial esmero y podía pasarse una mañana entera disgustada si descubría un sutil arañazo sobre la

delicada madera. Por eso, en sus ratos libres, que entre las labores hogareñas y el trajín de la tienda no eran muchos, se sentaba en una butaca granate y vetusta y tejía tapetes de colores, apenas sin despegar la vista de la labor. Tantos tejó, y de tantos variados tamaños y formas, que pronto aquellos manteles de ganchillo pasaron a ser un símbolo distintivo de su casa.

Ramiro Matamoros había nacido escasos días antes del verano de 1957. Mientras de niño se criaba y aprendía disciplina en la escuela de su pueblo, aquella debilitada dictadura que era España se hallaba en un momento de remanso de paz contraria a la convulsión internacional, marcada por sangrientos acontecimientos como la guerra de Vietnam.

En los estrechos callejones navarreseños no había cabida para guerras ni batallas, más que las que hacían los chavales a pedrada limpia. Eran pocos los que entendían bien los conceptos políticos de los que hablaban las voces a través del transistor y tampoco se preocupaban en saber qué quería decir el caudillo con aquella cantinela de que España estaba viviendo «los 25 años más fecundos de su historia». En las tabernas y en una plaza a la que aún no había llegado el alumbrado, se conversaba más sobre el éxito o el fracaso de las cosechas, los problemas que traía la falta de lluvia, el discurso del señor párroco, los nacimientos que las familias pregonaban con alegría y también de los silentes suspiros que traían los repiques de campana desde la iglesia.

Afortunadamente en la época en la que nació Ramiro las cosas ya estaban mucho mejor que antaño. Habían llegado los antibióticos, aunque en el pueblo las medicinas no fueran tan accesibles como allá, en la capital; el alcantarillado era un poco más decente y la alimentación infantil también había mejorado de una forma significativa con respecto a la generación de don Siro y doña Rosa. Ramiro fue uno de esos niños de la época del *baby boom* de los sesenta del que tanto se hablaría en los libros de historia de sus hijas. Ese vertiginoso aumento de la natalidad, alentado desde la Iglesia y desde el régimen totalitario del

caudillo, hizo que en aquellos años el pueblo estuviera más lleno de niños que lo que nunca estuvo.

Todavía hoy muchos recordarán cuántos había. ¡Cientos de ellos! Se los veía jugando en cada sendero, perdiéndose en cada callejón; su algarabía atronadora disfrazaba los barrios, las cuevas, flotaba por encima de la plaza y de los hogares. Tantos eran que cinco escuelas llegaron a funcionar al mismo tiempo, ¡cinco! y en las cinco puertas se arremolinaban los chavales al comenzar y finalizar las clases. Después, en su interior, aprendían caligrafía y matemáticas en los cuadernillos *Rubio*, consultaban sus dudas en la enciclopedia y agachaban la cabeza cuando el profesor les abroncaba. El tornado infantil y adolescente no dejaba de corretear, lo hacían cuesta abajo y pendiente arriba, casi siempre en abultados grupos, sin dejar de reír, de jugar y de consolidar amistades que, en muchos casos, siguen aún hoy tan fuertes como los robles de los bosques que rodean Navarrevisca.

En ocasiones se juntaban pequeños y grandes, los de la generación de Ramiro y los nacidos algo después; ese grupo de niños y niñas que ya se criarían yéndose a acostar cuando se lo imponía la familia *Telerín* y pasarían las tardes riendo con los *Chiripitiflaúuticos* y ojeando tebeos de *Tintín*. Claro que eso sería más tarde, cuando las casas del pueblo fueron abriendo tímidamente sus puertas a los televisores.

Los niños de la edad de Ramiro apenas pasaban tiempo en frente de aquellos aparatos, no porque prefiriesen corretear y darse chapuzones en las gélidas aguas del río, sino porque no había más que tres arcaicas televisiones en algunas de las tabernas del pueblo, por lo que los dueños de aquellos establecimientos habían de cobijar durante toda una tarde a un abultado grupo de chavales que, con cinco pesetas reunidas entre todos, le consumían una bolsa de pipas a compartir. Así pasaban ellos los días de invierno, entreteniéndose con los pasajes de la telenovela *El santo*, las corridas de toros de *El Cordobés* y, quizá en alguna ocasión, viendo bailar a las primeras chicas *ye-ye*, que

lucían sus piernas bajo una moderna y sofisticada minifalda, prenda que aún tardaría unos años en incorporarse a los armarios de las mujeres navarrevisqueñas.

La familia de don Siro no tenía burros ni vacas, tampoco gallinas, así que habían de abastecerse de los huevos y lechecomprados a los vecinos, pero sí se garantizaban cada verano uno o dos cerdos para alimentar a las cinco bocas y a las visitas que vinieran, tras la matanza de San Martín.

Años más tarde, Ramiro seguiría recordando cómo era su pueblo a mediados de los sesenta, donde las cosas, si cambiaban, lo hacían despacio y gradualmente, donde los domingos había que afanarse en un primoroso aseo y ponerse elegantes para ir a escuchar lo que el sacerdote, don Albino, quisiera contarles. También se acordaba de sus años en la escuela, ¡qué largas se le hacían esas lecciones a veces!, la rígida enseñanza, la obediencia y respeto al señor Maestro por encima de todo, los castigos corporales, a veces tan dolorosos...

Los años pasaban y las rutinas serían imperceptibles: las fiestas patronales, el homenaje al patrón, San Antonio, y la recogida de leña en la que la gente del pueblo, laboriosa por necesidad, se empeñaba tan pronto como el otoño desnudaba a los árboles. ¡Había que mantenerse calientes y ahuyentar la temida pulmonía! Además, solo en la lumbre podía cocerse la comida y calentar el caldero de los cerdos. Aquel áspero olor a tarugos quemados y a hoguera se le quedaría a Ramiro pegado en la nariz y en la mente para siempre y por eso se pasó la vida sin perdonar una brillante lumbre en cuanto ponía un pie en Navarrevisca, a veces incluso cuando los rayos de sol ya se colaban por las ventanas de la casa.

Tanta era su afición por ese aroma ahumado, por ese calor tan natural, por la estampa acogedora y familiar que consideraba que una chimenea encendida daba a su casa que, casi como una tradición, se acomodaba en el sillón para contemplar los vivos tonos amarillos y rojizos de la hoguera y decía a su mujer o a quien estuviera por allí para escucharle:

-La lumbre es la *tele* de los pobres, pero a mí me entretiene más.

Y así se pasaba la tarde, cuidando y mimando de su hoguera sin distracción, no fuera a extinguírsele, y buscando alguna pieza de carne susceptible de ser tostada por las brasas.

Antes, mucho antes de que aprendiera a qué sabía eso de la emoción por el deporte, se conformaba con una existencia tranquila que le permitiera sentirse libre y sin ataduras. Le gustaba ir con su padre y sus tíos a segar el heno, sentarse a ver cómo los ganaderos ordeñaban a las vacas o esquilaban a las ovejas y siempre le pareció un milagro la manera de la que un huevo salía del cuerpo de una gallina. En aquel entonces la mayor parte de los habitantes de Navarrevisca vivían de la agricultura o del cuidado de animales, aunque, como ocurrió en tantos otros pueblos, muchos empezaron a mudarse a la capital tras acabar la primera fase de la enseñanza.